

Del Quinqué A la Luz Fría

M de 24/57

Por
Carlos Robreño

"Sobre una mesa de pintado pino
melancólica luz lanza un quinqué".

ASI dijo el poeta y efectivamente, melancólica era la llamarada con que la humanidad se alumbró durante cerca de un siglo desde que un francés dió su apellido. aunque sin "t" a semejante medio de iluminación hasta que el escocés Mulchoz intentó un paso de avance a través de las lámparas de gas.

Antes, las velas habían tenido a su cargo tal misión, lo mismo para alumbrar el interior de una misera buhardilla que los salones lujosos de lo alto de sus artísticas lámparas incrustadas en áureos candelabros. Velas también eran las que proyectaban su resplandor en los escenarios, —oh, legendarias candilejas— sobre los rostros de actrices y actores o de famosos cantantes en sus emotivas interpretaciones.

Las velas sin embargo, no han podido ser desplazadas definitivamente de las modernas costumbres, y en muchas mesas de noche o en viejos escaparates se guardan celosamente aún dentro del clásico paquete de papel azul los populares "trabucos", en previsión de posibles "apagones".

De nuestra niñez guardamos el recuerdo de un sistema de alumbrado que pudiéramos clasificar ecléctico, pues aunque ya Edison había inventado el bombillo incandescente, todavía éste no había adquirido proyecciones de imprescindibilidad y encontraba en su camino la hostilidad de espíritus timoratos que no se decidían adoptar semejante método por miedo a que les "cogiera la corriente".

Por otra parte, la luz producida por energía eléctrica era amarillenta, mortecina y ni siquiera las lámparas de muchas bujías podían competir con la iluminación diáfana, que al alumbrado de gas le habían proporcionado las llamadas "camisetas", seguramente porque en su confección entraba un material semejante al "crepé" de aquellas prendas íntimas de vestir.



Quedamos, pues, en que en aquel entonces se disputaban la hegemonía del alumbrado en los hogares habaneros, según su condición social y económica, los trabucos de velas, los "quinqués" servidos por luz brillante una de cuyas marcas se anunciaba en los distintos diarios mediante un pequeño grabado que representaba a un elefante sosteniendo con su trompa uno de esos objetos; el gas con y sin camiseta y el incipiente bombillo eléctrico.

En cuanto al alumbrado exterior si podemos decir que eran los faroles de gas situados en las esquinas y a medianías de cuadras los que ofrecían el máximo consumo.

Pacientemente, a cada atardecer un robusto peninsular llevaba un encendedor colocado en lo alto de una larga vara proporcionando lumbre, uno por uno, los mecheros encerrados en una pequeña urna de cristal. Horas después, apenas asomaba el rosicler de la aurora siguiente repetía la operación pero a la inversa.

El farolero era un tipo muy popular en cada barrio, aunque debemos advertir que las frases populares de "tirar un farol" o "meterse a farolero" nada tenía que ver con estos modestos servidores de la ciudadanía, pues tales vocablos tienen origen taurino.

Hace pocos años estuvo de moda entre nosotros una pegajosa tonada dedicada a un farolero de Madrid y pocos meses después tuvimos oportunidad de recordar en la propia Villa del Osoy del Madroño aquellos tiempos del antiguo alumbrado habanero.

En cuanto a los vehículos que transitaban por nuestras calles —carros de mudanzas, carritos de mantecaderos y hasta los carromatos repletos en interior de cientos y cientos de mangos— indicaban su tránsito nocturno mediante los faroles que se valían del carburo como el máspreciado combustible.



En algunas ciudades del interior de la República se daba a medianoche un espectáculo pintoresco. En aquella época se veían atravesar las calles, amparados por la oscuridad del momento, infinidad de cangrejos y los muchachos jóvenes solían amarrar sobre el carapacho de tales crustáceos unos cabos de vela encendidos. El calor que recibían les imprimía cierta velocidad a su retardado andar y resultaba divertido por demás, semejante escena.

Mas ya todo eso ha quedado atrás. La luz fría, blanca, nítida y los anuncios de colores le dan a nuestras principales ciudades una impresión deslumbrante que nunca supimos ver en nuestros años de adolescentes.

EL MUNDO, Domingo 21 de Abril de 1957.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA